

LA PINTURA DE AMÉRICO TÍSOC

Colores secretos

Jorge Eslava

Américo Tísoc Monteagudo es un pintor a tiempo completo. Vive encerrado a cal y canto en una casona de trece habitaciones, con paredes enlucidas y jardín compuesto de cactus sagrados y piedras incas. Queda frente a la plaza de Ollantaytambo, preciosa ciudad serpenteada por callejas empedradas y bullicio turístico. Dentro impera una calma de convento, apenas distraída por zumbido de picaflores y notas clásicas de piano. Desde que habita esta casona, hace décadas, Américo empieza a trabajar todos los días con los primeros fulgores del sol. Lo he observado inclinado sobre el lienzo que descansaba en el suelo, atento a la luz que proviene del patio. El acrílico creaba una mancha líquida en la superficie, que discurría casi naturalmente y los colores tomaban caminos que se cruzaban o se fundían. Luego, dejaba secar la pintura y más tarde, con el cuadro reclinado a la pared, terminaba aplicando el barniz con un pequeño dispensador.

Ahora estamos en el comedor, amplio y rústico. Sobre la mesa franciscana, unas cervezas negras. De una antigua alacena ha sacado una vasija con aceitunas, panes chapla y un trozo de queso andino. Es su merienda de final de la jornada. Enfundado, todavía, en su viejo overol de trabajo, de hablar lento y dicción amable, Américo es sincero cuando me repite agobiado que no quiere hablar de su vida: "No vale la pena, hermano". Lo miro y tiene al fondo la ventana grande que recorta el cielo y la tierra; de ahí se divisan sus campos de cultivo, cercado por muros de hornacinas incas. Hace un rato han pasado los peones y las yuntas, empieza a anochecer. A un lado, en una de las paredes cuelga un Diploma de Honor de la Universidad Católica. Le pregunto por el año que lo recibió como el alumno más distinguido de la Escuela de Arte. Me lo dieron en 1988. Fue un acto chistoso, había que asistir con ropa formal y yo no tenía.

¿Fue así que te despediste de Lima?

Me demoré más de un año y entonces me vine a Cusco.

Tú ingresas a la Escuela a principios de los setenta y nosotros nos frecuentábamos por esos años. Lo que haces en la década del ochenta es desconocido para mí.

Han sido demasiadas cosas. Ahora no me interesan ni me acuerdo.

Sé que la educación escolar la realizas en Cusco. Vienes a Lima, ingresas a la Universidad Villarreal para estudiar Arquitectura. ¿Es así?

Solo asistí a las primeras clases y me arrepentí; nunca más regresé. Encontré a Roberto Samanez, quien estudiaba en la Escuela de Arte de la Católica y me animó a trasladarme. Fui a conocer y me fascinó el ambiente.

¿Szyszlo fue el primer profesor que te impresionó?

Definitivamente, porque él tenía un vínculo que yo también compartía por lo inca y el pasado histórico. Yo siempre he sido amante de mi lugar, como de ese altar desaparecido que estoy denunciando.

Sí, me has comentado del altar a la vera del río donde jugabas de niño...

Mis denuncias son por defender el patrimonio arqueológico. Ahora estoy en juicio con la ministra de Cultura¹⁸ que no hace nada por la desaparición de un altar que era parte de la canalización del río. Era un altar al Wilcamayu. Me parece increíble que las autoridades no se interesen, cuando tienen el deber de proteger y preservar nuestra cultura.

Volvamos a la Escuela de Arte. Además de Szyszlo, ¿qué otros profesores fueron decisivos en tu vocación?

Adolfo Winternitz y Julia Navarrete. Ella era bastante dura, pero decía cosas que valía la pena tener en cuenta.

¿Cómo era la relación de Winternitz con sus alumnos?

También dura. Él era exigente, aunque generoso para compartir sus conocimientos. Cualquiera no lo hace. Tú sabes, hay pintores que se dedican a lo suyo y punto.

Llegó a ser tu amigo, ¿no? ¿Por qué te llamaba “el teólogo”?

Tuve una gran relación con él. Conservo unas lindas cartas suyas. Lo de teólogo era una broma que me hacía. Yo ni lo menciono.

Tampoco te gusta mencionar el párrafo que te dedica¹⁹.

No me desagradaba, a pesar de que no estoy tan de acuerdo. Es que

18 Se refiere a Diana Álvarez Calderón, ministra de Cultura del Gobierno de Ollanta Humala.

19 “Pero se tienen que hacer exposiciones, no solo pintar, pintar y guardar sentimentalmente las cosas en un cajón, como hacen muchos jóvenes. Alguien que tiene talento y que hubiera podido lograr algo es Américo Tísoc. Pero se encerró en Ollantaytambo y dejó de avanzar. Tú lo has visto. Un hombre con mucho talento”. Entrevista a Adolfo Winternitz, por Michael Perko. Lima, 1993. En *Adolfo Winternitz. Memorias y otros textos*. (2013). Fondo Editorial de la PUCP.

él no había visto mi trabajo último. Pero creo en lo que dice porque también me conocía y no puedo desestimar eso.

¿Compañeros de curso que hayan sido importantes en tu formación?

Casi ninguno.

Pero recuerdo que me hablabas muy bien de Ramiro Llona.

Es un poco mayor que yo. Él había estudiado Arquitectura en la Universidad de Ingeniería. Cuando ingresó a la Católica era un pata que yo admiraba por la espontaneidad que tenía al trabajar. Era muy simpático.

¿En qué momento interrumpes tus estudios en la Católica para viajar a Francia?

En tercer año.

¿Dejas la Católica pensando que vas a abandonarla o que era un paréntesis?

Solo un paréntesis porque quería conocer algo más.

Y te inscribes en la Escuela de Arte de Toulouse...

No me inscribo, me reciben como un estudiante exótico. Tenía profesores simpáticos que les encantó como dibujaba. Empleaba el sistema que nos había enseñado Winternitz.

¿También destacas en esta Escuela de Arte?

No es tan importante para mí eso.

¿Por qué no te quedaste en la escuela de Toulouse? ¿No te interesó?

Me parecía demasiado anarquista y no me gustaba lo que hacían los alumnos. Al igual que con los de la Católica, yo siempre he sentido una sensación de superioridad porque sabía que dibujaba

mejor. La gente miraba lo que hacía y eso me incomodaba. Además, me puse mal, me deprimí.

¿Pasaste un tiempo en un hospital psiquiátrico?

Unos meses. Dibujé mucho y me atendieron muy bien.

Regresas a Lima en 1976 y te reincorporas a la Católica...

Tan pronto terminan las vacaciones de verano. Retomo mis estudios en cuarto año, pero me rallé nuevamente y me internaron en el Hospital Hermilio Valdizán, aunque querían internarme en el Larco Herrera.

¿Reaparecieron los síntomas que tuviste en Francia?

Sí, algo relacionado a lo emotivo. Era una severa depresión.

En el Hermilio Valdizán pasas una temporada larga...

Y pinto mucho. Yo pegaba mis cartulinas en la puerta del baño donde trabajaba. Era lo único que podía hacer.

¿Tenías alguna relación con tus compañeros de cuarto?

Solo tenía aversión a ellos. Yo consideraba que no estaba loco y ellos sí.

¿Quiénes te visitaban?

Solo mi familia. Pero no me gustaba nada, porque mi madre era sobreprotectora. Incluso cuando me operaron en el Cusco, porque me agarraba a patadas con cualquiera en Ollantaytambo.

No te recuerdo así... en los setenta eras, digamos, un loco pacífico.

En esa época, pero ahora me he vuelto violento como reacción contra lo que me hacían aquí. Era deliberado, pues me consideraban una persona potentada. Efectivamente, mi abuelo era un hacendado.

¿Cuánto tiempo estuviste en el Hermilio Valdizán?

Más de cuatro meses. Luego me vine a Cusco de vacaciones. Szyszlo y Winternitz vinieron una vez y estuve todo el tiempo con ellos. Lo pasé muy bien.

¿Esa visita te motivó a volver a la Católica?

Yo le pregunté, algo avergonzado, a Winternitz si podía regresar. Él me dijo que todos tenemos derecho a terminar lo que hemos empezado. No me gusta hablar de eso, pero cuando regresé a la Católica la gente se amontonaba en las ventanas para ver lo que hacía. Un día me arrebaté y quemé setenta cuadros en una huaca de Pueblo Libre. ¡Winternitz se enojó porque era patrimonio de la escuela!

¿Recuerdas algún compañero de aquella época con quien mantuvieras amistad?

Yo no tenía relación con nadie, era muy independiente.

¿Dónde vivías a fines de los setenta cuando estabas terminando la carrera?

Me prestaron una casa en Santa Beatriz. Era un caserón enorme y vivía solo en el segundo piso. En el primero había una imprenta que tenía una máquina que parecía una locomotora. Yo estaba feliz cuando terminaba su jornada.

¿Y trabajabas en las noches?

Claro. Dibujaba y pintaba hasta el amanecer.

La temperatura del ambiente ha descendido y hemos interrumpido la conversación para ir a ponernos algo abrigador. Américo ha demorado; regresa con un cigarro encendido y algunos recortes periodísticos. Destapa otra cerveza, vuelve a sentarse y da una bocanada profunda. “No vas a poner nada de eso en tu revista,

¿no, loco? Solo mi pintura, nada más". Le juego una broma y enseguida observo la ventana oscura que repiquetea como si se estrellaran contra ella unos pájaros desesperados. "Es el granizo, eso me arruina las tejas del techo. Como los gatos".

De Lima vienes a vivir a la ciudad de Cusco, a la casa familiar. ¿En qué año te estableces en Ollantaytambo?

No me acuerdo... A principios de 1980, cuando vivía en Cusco, venía continuamente a Ollantaytambo. Yo administraba esta casa y tenía que controlar a un loco que la tenía en posesión. Entonces me propuse recuperarla.

Siempre has sido muy guerrero. ¿Sientes tu linaje inca?

Lo que me interesa de mi ascendencia es la actitud del inca. Te diré que no he leído tanto, pero hay muchos libros que hablan de mi familia.

Tu lado paterno desciende de Lloque Yupanqui, ¿no es así?

Me encantaba que le dijeran sacerdote y eso coincidía con la admiración que he tenido siempre por su ministerio, en el sentido de contacto con la naturaleza. Para mí es un tipo de religión; tal vez hedonista, pero mejor que el culto cristiano.

Y tienes, por el lado materno, una raíz castiza.

Sí, Bernardo de Monteagudo. Un argentino independentista que vino con San Martín. Estaba destinado a que fuera presidente del Perú, pero lo asesinaron.

¿Crees haber sufrido en carne propia el encuentro de dos culturas?

De alguna manera. Pero no me interesan los linajes, solo la actitud del inca por el vínculo que tenía con lo ancestral. Eso es un honor para mí.

Además de la pintura, ¿qué lecturas literarias y filosóficas han esclarecido o perturbado tu vida?

Sinceramente, no me acuerdo.

Pero tú eras muy lector, te interesaban sobre todo los clásicos.

Tengo una biblioteca que quiero vender, pero ni sé los libros que tengo. Creo que leía a Descartes, Sócrates, Platón... Para mí era básico conocerlos para establecer cierta lógica en mi pensamiento. Me esclareció Gustav Jung; su libro sobre los arquetipos y el inconsciente colectivo fueron importantes. A mí me encantaba porque era una búsqueda y descubrimiento de lo divino dentro de uno. También me acuerdo de cosas lindas de Neruda; *La espada encendida*, por ejemplo. Cuando Adán y Eva son expulsados del Jardín del Edén hay un ángel que con su espada de fuego les impide el ingreso. En la poesía de *La espada encendida*, de Neruda, el hombre descubre lo divino.

¿Sigues siendo un gran lector?

No tanto. Estoy más en una etapa de desarrollar lo que he podido conocer hasta ahora de mí y me interesa más descubrirlo a través de la pintura.

Con esa experiencia, ¿cómo ves tu proceso creativo? ¿Cuántas etapas crees haber tenido en tu evolución artística?

He dibujado desde niño. En el colegio siempre recibía campanazos porque durante las clases yo estaba dibujando. Pero recién en la Católica tomo conciencia de que iba a dedicarme a la pintura.

Pero, de tus veinte años a la actualidad, ¿cuántas etapas crees que ha pasado tu pintura?

Varias etapas, y han dependido, más que de mi trabajo pictórico, de mis estados de ánimo, de las circunstancias de mi vida. Por otro lado, siempre he tenido una búsqueda desesperada, ansiosa...

En otro momento hablábamos de un estado de plenitud en el que te sientes dueño de recursos, como de haber conquistado un mundo propio. ¿Crees que es una etapa definitiva de tu producción?

Ya hace varios años que siento eso. Pero lo que me duele es mi contacto con la gente que vive en el pueblo. Es terrible. A mí me llaman “el loco Monteagudo” porque me he agarrado a patadas con los turistas y hasta con los policías que viven al lado. He tenido juicios con todos los alcaldes. No me gusta. Yo vivo como en una isla.

¿Hace cuántos años vives en esta situación?

Desde que llegué. Jamás he tenido amigos ni contacto con la gente. Ni siquiera salgo a comer. Solo salgo de casa cuando voy a ver el reloj astronómico de Ollantaytambo o a visitar las ruinas. Me llaman la atención algunos lugares que son misteriosos e integrados a la naturaleza.

¿Tú preparas los lienzos? ¿Trabajas en caballete?

Un pata me trae todo listo y trabajo en el suelo, por el tipo de trabajo que hago. Generalmente, mis cuadros son en formato mediano.

¿Qué define la dimensión de tus cuadros?

Las ideas, que no son siempre del mismo tamaño.

Antes de ponerte a pintar, ¿ya sabes lo que vas a desarrollar? ¿Preparas bocetos a lápiz?

Tengo una ligera idea y no hago ningún boceto.

¿Cuáles son los temas que ahora te acosan?

Siempre han sido los mismos. Una relación con el origen... Lo que añoro es llegar a pintar por puro placer. Yo pienso que la creación espontánea da placer y eso es lo que busco ahora.

Pero hace un instante dijiste que pintas siguiendo alguna idea...

No tengo ideas definidas ni cuadros acabados antes de terminar. Mi sistema es más intuitivo.

Además del origen, ¿qué otros temas te agobian?

Siempre la relación con el mundo y con la gente que me rodea. No considero bella la barbarie de la gente que vive aquí. El paisaje es bellissimo pero la gente es infernal, caótica, ociosa, embustera. Me duele mucho la destrucción del arte inca.

Veo que ahora pintas con acrílico. ¿Qué pasó con el óleo?

Con acrílico y témperas; empleo técnicas mixtas. Compró material ecológico cuando voy a Cusco. Por otro lado, me gustaría volver al óleo porque podría desarrollar mejor la paleta.

¿De qué colores podrías prescindir y qué colores te parecen indispensables?

Indispensables, los colores elementales que tienen contacto con la naturaleza: la tierra, el agua, el aire, el fuego. Podría prescindir del negro. El blanco es la luz y el negro es la muerte.

Pero antes era tu color preferido. Vestías siempre de negro.

Sí. Ahora prefiero el rojo que es la sangre, el vínculo con lo humano...

¿Qué te halaga que se aprecie más de tus cuadros? ¿La forma, los colores, la textura, la composición...?

El contenido. Lo demás me aburre.

¿Te importa que tus cuadros transmitan estados de ánimo?

Sí, porque los colores tienen su propia psicología.

A mí me llama la atención la textura que tienen.

Porque la sientes visceral. Es que me conozco y sé lo que tengo adentro. No solamente violencia, sino también velocidad y espontaneidad.

Otro elemento que llama mi atención es la representación de ojos.

No necesariamente ojos. También son recuerdos y presencia de los astros.

¿Conservas cuadros de cuando eras estudiante?

No, para nada. Odio los cachivaches. Mi relación con los objetos es esporádica y simbólica.

¡Pero tu casa está llena de cuadros!

Solo lo necesario, por el momento.

Me has sugerido que venderás esta casa... ¿Piensas radicar en Cusco?

No lo sé. Necesito un lugar más tranquilo. Me encantaría vivir en el campo.

¿En una casa pequeña que puedas mantener?

Más que una casa pequeña quisiera un buen taller.